

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Miércoles 18 de Septiembre de 1907

Núm. 327

Ventajas que se pierden

Conforme se aproxima la época de temporales, la situación de Marruecos, que no es alarmante a la hora de ahora, adquiere unos caracteres que no la hacen muy grata a nadie. Los días que pasan, robusteciendo el odio que se siente hacia los europeos, aumenta la animadversión contra los civilizados medios de ocupación que ponen los franceses en práctica. Si antes se les aborrecía de manera notable, hoy se abomina de ellos por estilo tremendo. Los moros, que no pueden olvidar la forma un poco bárbara que emplea en nuestros vecinos en el castigo de sucesos, recuerdan con ira mal reprimida las salvajes disposiciones de Drude haciendo que los condenados a muerte abran sus propias sepulturas y el enterramiento en vida de los prisioneros. Y de ese recuerdo, que no puede ser más bochornoso para el general francés, brota una cólera insensata, terrible, capaz de llegar al sacrificio por tomar venganza y dispuesta siempre a inmolarse a cuantos europeos se aprisionen para desquitarse.

Hasta aquí, protegidas las tropas por los buques de guerra, la inferioridad marroquí ha sido manifiesta, segura, luchando los europeos con grandes ventajas; mas ahora que la época del mal tiempo comienza, ahora que llega el día en que forzosamente tienen que retirarse los buques del litoral marroquí, ahora en que tienen que quedar abandonadas a sus propios recursos las tropas, la superioridad franco-española sufre un descenso y vienen a igualarse casi los ejércitos invasor y protector del imperio. En Marruecos, con el mal tiempo, las ventajas que tenían los franceses y españoles se pierden lastimosamente, quedándonos solo la de poseer excelente armamento y estar las tropas bien disciplinadas; pero fuera de eso, nada, absolutamente nada nos queda que contribuya a asegurar la victoria en un caso de apuro, en una sorpresa que desmorale al ejército.

La ocupación de los puertos pensada, que pudiera ser una buena medida, tampoco resulta muy recomendable, porque para ella habrá que distraer en cada punto un contingente de fuerzas necesario en otra parte. Y suponiendo que se realice a salvo, sin dificultad ninguna, queda expuesto el ejército ocupante a las traiciones de los habitantes de la capital—que si las habrá—y a que, como ha ocurrido en Casablanca, los asaltos pongan en peligro evidente a las fuerzas, no teniendo en esta ocasión ningún recurso que con sus fuegos terribles haga inclinar la victoria del lado europeo desde el primer instante.

Los temporales, unidos a la salvaje acometividad de los marroquíes, van a poner en situación crítica a franceses y españoles, que no podrán contar con otros recursos que los poseídos por sí mismos. Si antes han ido sobre seguro, ahora tendrán que poner algo más de su parte para derrotar a los bárbaros kabileños, tan feroces como valientes. El auxilio de los buques de guerra, eficazísimo e inestimable hasta lo presente, se echará mucho de menos ahora, en que se carecerá de él. Las condiciones, desiguales antes, se igualarán con este motivo, y la lucha, lucha terrible e implacable, será más bestial, porque será más personal también.

PLUMAZOS

Altruismo altruista.

Los circundados, gentes terribles en cuestiones de religión, se indignan más a menudo de lo que deberían para conservar su grave talante de verdaderos civilizados.

A pesar de estar convencidos de que su intervención en las cosas eminentemente terrenales resulta en algo atentatorio a su depravada comprensión de lo que es la Tierra y qué lo proviene de ella, lo olvidan de buen ó mal grado y se dejan arrebatar de los impulsos demoníacos una vez y otra y cien. Por lo visto los infelices que aún debemos a la lengua uno de los mejores y más inofensivos placeres, hemos caído en el mismo pecado en que tropiezan y fenecen moralmente siempre el sexo femenino, dueño y señor del lingüístico placer, y hemos provocado la santa ira de nuestros regeneradores espirituales.

La profunda sapiencia de los que se sirven descargar su indignación sobre noso-

tros, demasiado profunda para entendernos de ignoratuelos y no civilizados, por ende, nos pasma y aturde, por lo mismo que no la comprendemos. Siempre que hubo tal magnanimidad de su parte y motivada como ahora por una conmutación justificada de pena, el iracundo desplante de esos santos varones que no ven con buenos ojos una gracia en los individuos no afiliados a su santa secta nos cogió desprevenidos intelectualmente: nunca lo comprendimos. Buenamente, a la castellana usanza, creíamos antes que la misericordia era algo más digno de usarse que una cólera intempestiva, y a tal error nos afirmábamos ahora, menos convencidos de ello que entonces. Juzgábamos asimismo que los sentimientos caritativos debían ser extensivos por igual a todos los que los necesitaran; y también nos equivocábamos. Mentíamos; es decir, exagerábamos; que es la mentira en los hombres honrados, según dijo no sé quién.

Para no motivar santas indignaciones es preciso, según se descubre ahora, aflojar la mano en lo que se refiere a acciones caritativas. ¿Qué cara puede ponernos el Señor cuando nos presentemos a él, si descubre que hemos coadyuvado con los herejes a salvar a uno de esos hombres infernales?

Decididamente, no comprendemos a esos bienaventurados circundados.

NAZARIN.

De Literatura

«Frente a la vida», novela en cuatro cartas por los señores Herrera, Soriano, Vivero y Guirao Cañada. —Murcia

Es muy poco probable, y no sé si ello fuera incurrir en acre censura, que se junten varios literatos para producir una obra, bien armonizada y no exenta de aquel plan que debe concurrir en todo trabajo literario. Afortunadamente estos reacios, naturalísimos en cualquiera, no hallan confirmación en esta novellita corta, tan encantadora como interesante, escrita en estilo transparente y castizo.

Para mí, francamente, *Frente a la vida*, es algo más que una novela; le sobremeollo y le sobra enjundia para que se la tenga por una producción volandera, sin importancia. En esas cuatro cartas de puro estilo literario, se diluye el proceso de una vida psíquica que abunda en sentimientos de gran raigambre. Los autores, expertos literatos—que vale más que notable—han tomado una vida joven; y en cuatro pinceladas de colores, harto bien avenidas con la emoción ambiente del instante, han trazado las grandes fases de una existencia, dejando en una amable penumbra encantadores claro-oscuros, en los cuales el lector puede desarrollar la novela según su gusto particular y en aquel sentido que le sea más grato.

Y eso, claro está, hecho con amor, con maestría, por el simple tacto del literato, dice más que otra cosa, lo que valen los autores, y de lo que son capaces, de quererlo, como ahora.

No discuto si es loable ó no que se reúnan cuatro buenos literatos para escribir una buena obra; por mi parte preferiría que, ya que pueden y ya que saben hacerlo, me dieran cuatro buenas obras en vez de una sola. Pero como los autores no se propusieron esto, sino sencillamente desarrollar en cada carta un pedazo de una vida humana, precisa contentarse y esperar que otra vez nos den fruto más razonado, de más transcendencia: una buena novela cada uno.

Frente a la vida no es una novela, son cuatro novelas. La primera carta, del señor Herrera—castiza y pura como chorro de agua transparente—relata los gritos de dolor de un alma herida de muerte, huérfana, y al través de los pensamientos conmovedores por su serenidad de una joven, se ve toda una existencia carifosa, henchida de ilusiones, alumbrada por el amor más firme, cegada por la fatalidad que se lleva una vida y arrastra a otra al claustro. La segunda carta, del señor Soriano—expresiva y llena de unción—narra en pocas palabras la vida ejemplar de una religiosa; que, como Santa Teresa, es poseída por el fuego divino y tiene desvanecimientos y éxtasis profundos, de los cuales sale más espiritualizada, más ideal, más suprasensible, hasta que llega la muerte, y se la lleva en otro éxtasis. La tercera carta, del señor Vivero—robusta, formidable, si vale la palabra—es una pincelada, un borrón vigoroso, rasgueado por trazos de fuego que resaltan del fondo oscuro y penetran en el alma

con la ligereza del acero. La muerte no fué muerte, sino catalepsia y la religiosa, en pavorosa noche, vuelve a la vida, llena de horror, fascinada por el miedo. La cuarta carta, del señor Guirao Cañada—de prosa agradable y amena causticidad—nos muestra la última fase visible de esa existencia de mujer fantasma, que atraviesa los umbrales del dolor, de la muerte y del sepulcro, para acabar cantando pícaras canciones en un centro de recogido y darse al mundo sin restricciones. Decidme si no hay asunto sobrado para cuatro novelas. Por mi parte digo que esto y harlo de leer todos los días novelas que ya quisieran una dedada de lo que le sobra a *Frente a la vida*.

Vaya allá, pues, mi felicitación a los señores Herrera, Soriano, Vivero y Guirao Cañada; aunque no los conozco personalmente, los conozco por su obra y eso vale más para mí. Mi gusto sería tener ocasión de escribir otro artículo laudando esas cuatro novelas que espero.

A. GUERRA.

Madrid.

DIORAMA MADRILEÑO

Reinado de la bagatela

Día por día, sin interrupción, se aumenta el disgusto existente entre los madrileños contra el gobierno por su gestión desdichada, tendidiza principalmente a producir hondas perturbaciones en la vida acostumbrada de la capital.

Las medidas adoptadas contra los teatros, que proclaman de manera inconfundible el comienzo del reinado de la bagatela, estarían mejor empleadas si se encaminaran a reprimir el matonismo, la vagancia, la embriaguez y la blasfemia, vicios que producen peores consecuencias que la última funciología de los teatros por horas; mas nuestros excelsos gobernantes, preocupados con la desmoralización teatral, no reparan en esas otras cominerías, insignificantes hasta asustar, y viven y triunfan y rien como si hubiesen arreglado el mundo.

Hay algunos personajes, la inmensa mayoría de los conservadores, que a pesar de que hacen de tripas corazón, miran con malisimos ojos la obra del famoso prohombre de Mula, considerando que las energías gastadas y por gastar en hacer cumplir una absurda disposición se utilizarían mejor reprimiendo la trata de blancas, ese afrentoso estigma que deshonra a toda población culta, y que aquí en Madrid, por el abandono de los políticos, adquiere caracteres alarmantes, llegando hasta el monstruoso absurdo de no comprobar denuncias como la hecha por «El País» respecto a una madre infame que explota con las infantiles gracias de una hija de 12 años.

Los compinchés de Maura, que adrede no le harían peor, están acreditando al partido conservador; ya se murmura sin recato de la falta de energías de Maura, permitiendo que sus compañeros de gabinete hagan y deshagan a su antojo cuanto les venga en ganas; ya nadie vacila para decir que la moralidad ensalzada por el antiguo liberal está por aparecer; ya nadie duda que los mauristas son peores que los más malos políticos; todo el mundo, convencido de lo que se puede aguardar de Maura, protesta de la anomalía triunfante y se llama a engaño, diciendo que se ha abusado de su buena fe.

Mientras que Lacierva, ensoberbecido, se cree un politicazo enorme y labora contra minucias, el país se retuerce en las convulsiones de un completo abandono policiaco, y crímenes horrendos, vergonzosos, quedan en la impunidad, pues los jefes de policía, contando con buenas recomendaciones cerca de los Ministros, no se toman la molestia de buscar y seguir pistas, haciendo todo lo posible por encontrar a los asesinos; y sucede que la impunidad, halagando los instintos criminales de los degenerados, engendra hechos repugnantes como el de Zaragoza, ó inexplicables como los de Madrid.

En vez de ensañarse con las empresas teatrales, que a veces dan fama a los Consejeros de la Corona poniéndolos en ridículo, debía preocuparse más el superhombre de Mula en avivar el celo de la justicia barcelonesa, que anda a tientas, por no ver demasiado, a lo que se dice, en el proceso terrorista, y así conseguiría adquirir el renombre que quiere y por el cual está quedando en evidencia.

El absurdo, del modo que se emplee, siempre será absurdo, y así debía comprenderlo el político conservador.

Dentro del medio en que vivimos, si se ha de proceder a derechas, no es el mejor camino el seguido por Lacierva. Antes que nada, cuando se trata de corregir una costumbre, debe procurarse acabar con los vicios, que son los vergonzosos caminos que conducen al crimen. Los que imaginen ir por buen sitio no siguiendo estas observaciones se equivocan de manera lamentable, y lo que es peor, contribuyen inconscientemente a la pérdida de muchas familias.

Muy bien que después de acabar con el vicio, para evitar posibles recrudescimientos del mal, se prohibiera terminantemente la conclusión de las funciones teatrales después de las doce y media; pero antes, cuando aún no se ha perseguido y extinguido la trata de blancas, el matonismo, la vagancia y la embriaguez, resulta incomprensible, porque da a entender que lo prohibido es peor que lo otro, y eso, aunque lo asegure Lacierva, nadie puede creerlo, ni aun sus amigos, que lo creen todo.

HÉCTOR DE CASTRO.

Madrid.

De la vida de Pierrot

Introducción a unas Memorias

Pierrot, mi viejo amigo Pierrot me hizo conocer el secreto. No hubo por parte mía ni importunaciones ni arterias; por la suya, tampoco. Buenamente, a la castellana, me dió resuelto el sombrío dilema de Hamlet, llenándonos de un doloroso asombro. En su vida de contradicción viviente, su muerte fué un epíteto a una ilusión desvanecida. Conforme vivió para unos ojos—pórticos gloriosos de un paraíso adorable—illegó al dintel del no ser con la misma adoración, ofrendando ante el ara de la diosa lo más personal que poseía: su vida.

Pierrot, que no sabía de amarguras y desesperaciones por causas platónicas, no era el triste amante de la ingrata Colombine; Pierrot, este buen amigo que no era filósofo, se tenía por poeta y quizás lo fué, aunque jamás hizo versos. En su vida de ilusiones, bebiendo la poesía en los mansos cauces de unos ojos serenos, rimó madrigales con la armonía deliciosa de unas miradas y compuso rimas con la suprema idealidad de unas promesas no escuchadas. Hasta su muerte, que fué el final de un poema, poseía la deseada eutimia que buscan los amantes de la belleza. En el mundo clásico, por su modo de caer al golpe de la adversidad, se hubiese convertido dios; en el moderno, ridiculizándose la posesión de sentimientos firmes y generosos, ha pasado por un iluso. De cualquier modo, para cuantos conocemos su pasado, su fin es sobrado explicable. Los versos de Gutierrez de Cetina, compendiando sus ansias de siempre, son su mejor epíteto.

Ojos claros, serenos, si de dulce mirar sois alabados ¿por qué si me mirais, mirais airados?

Pierrot, que no fué poeta, tampoco era soñador; y sin embargo, soñaba. Quizás en eso estribe su muerte; tal vez en eso se fundamente su desesperación. Todos los que hoy saben de él aseguran lo mismo, por lo cual puede muy bien creerse en su inexactitud.

En sus memorias de los días felices, aclarando las sombras de su existencia, demuestra que aquellos ojos de dulce mirar y de sonreír malicioso eran los únicos eslabones que lo ligaban a la vida. Así, pues, cuando el desdén volvió coléricas las pupilas que antes miraban amorosas, Pierrot, el triste Pierrot sintió morir en su alma todas sus ilusiones y esperanzas, y cayendo en el sombrío abatimiento de lo inesperado, amorosamente cubrió de tierra el sepulcro en que había enterrado su corazón. Pero aún era poco, y Pierrot, frente a su destino implacable, vió desaparecer aquellas miradas desdeñosas y entonces dijo:

Ojos claros serenos, ya que así me mirais, miradme al menos... Y escribió sus memorias...

Pero Pierrot, que desconocía las profundidades de su corazón, tuvo aún una dicha impensada: cultivar con íntima delectación sus pesares. Día tras día fué recordando sus dolores, sus amarguras, sus tristezas, sus penas, y formó un jardín de ensueño, en el cual era como amo y dueño el Dolor, padre de su espíritu. Y en aquel extraño

conglomerado de recuerdos luctuosos, su alma adquirió una gran paz, una euanimidad que le hizo gustar las dulcedumbres de un pasado entrevisto al través de una amable y resignada filosofía.

Mas no había contado con su corazón, y una mañana, al saludar la aurora, unos ojos llamaron a su espíritu, abismándolo en una ensoñación inefable, que poco a poco lo dominó y le hizo buscar en la sombra lo que había perdido en la luz.

Entonces Pierrot, poeta de sentimiento, dijo a la Muerte su más bello y amable madrigal, cayendo con el recuerdo de aquellos ojos torturadores, desdeñosos, de dulce mirar; con aquellos ojos que le hacían decir: ¿Por qué si me mirais, mirais airados?...

RODRIGO DE VIVERO.

CARTAGENA

Hace varios días (no muchos), que el instinto criminal, estaba oculto; pero esta noche, ha vuelto a darse a leer con esa saña de germen maldito que lo caracteriza.

En plenas puertas de Murcia, y cuando la afluencia, debido al numeroso tránsito era mayor, un joven ha hecho alarde de su inepta valentía, hundiendo el puñal homicida en el pecho de un semejante; de un infeliz tartanero, que tal vez en esos momentos pensaría en su esposa, hijos ó padres, que esperarían con afán la hora de reunirse para compartir la cena, y pasar la noche entre los amorosos vínculos de alianza, que existen como bendición en las familias.

Al retirarme de ese sangriento cuadro que a mi vista se ha ofrecido, no he pensado en indagar las causas que lo hayan provocado. ¿Para qué? He visto los efectos, y un sentimiento de lástima é indignación se ha apoderado de mí. He sentido lástima y compasión por el caído; por el que exhalando ayes de dolor derramaba su sangre a borbotones; y he sentido indignación hacia el agresor, hacia sus padres y hacia la sociedad; pues todos son responsables y a todos hay que culpar de esas escenas sangrientas, que nos igualan, no a un pueblo civilizado, sino a las kábilas del Rif.

He sentido indignación hacia el criminal, porque la falta de instrucción, los vicios, las pasiones, los odios ó instintos sangui-narios, le han puesto en la diestra el arma destructora para cortar el hilo de una existencia, sobre la que ningún derecho tiene.

He sentido indignación contra los padres, porque estos la mayoría de las veces, son los únicos responsables de las culpas de los hijos.

Y he sentido indignación hacia la sociedad, porque esa serie de desheredados a quien llamamos golfos, sin hogar, sin familia, sin padres, ó teniendo por tales desalmados explotadores, no se cuida de amparar a esos niños, que educándoles llegarían a ser hombres honrados, trabajadores y útiles a la patria, en vez de dejarlos vivir en el arroyo, escuela de corrupción completa, de donde salen aptos para el robo ó el crimen, que les abre de par en par las puertas del presidio.

EDUARDO PÉREZ.

17-Septiembre-1907.

CUENTO

LA TIERRA NATAL

Como aquella tarde del mes de Junio el barón de Arteuil aplicaba por centésima vez a la condesa de Bruange que se decidiera a amarle, ésta le declaró el fin:

—Pues bien: no digo ni sí ni no. ¡Ya veremos!... Por de pronto, voy a proponerle a usted una cosa. Usted es libre y yo también. Quiera usted que vayamos a pasar un mes juntos como buenos amigos, cerca del mar?

—¿Los dos solos? Acepto con delirio. Pero le advierto a usted que no se trata de Trouville, sino de la silvestre Bretaña, donde he nacido.

—¿Cuándo es la marcha?

—Pasado mañana—le contestó la condesa.—Iremos primero a Morlaix.

—Donde usted quiera.

—Pues ya puede usted preparar su equipaje.

Después de una tierna mirada, el barón besó la mano a la condesa y se des-